



ARTE - HISTORIA
FILOSOFIA Y LITERATURA
EN RELACION CON LA MEDICINA

VIDA Y OBRA DE R. T. J. LAENNEC

por el

Profesor Dr. PEDRO LAIN ENTRALGO

Catedrático de Historia de la Medicina en la Universidad de Madrid.

Fragmento del estudio que precederá al volumen «Laënnec», de la Colección «Clásicos de la Medicina».

Renato Teófilo Jacinto Laënnec nació en Quimper, en el Finisterre francés, el 17 de febrero de 1781, y murió en su provincia natal—para morir en ella había dejado París pocos meses antes—el 13 de agosto de 1826. Vió pasar en torno a sí la Revolución, el Imperio y la Restauración; es decir, una de las más estramecedoras tormentas de la Historia universal. En medio de esa tormenta, él, médico genial y hombre sencillo, dió con su vida una constante lección de claridad, de rectitud, de leal servicio diario a la vocación y a la verdad.

Su padre, hidalguillo del Condado de Cornouailles, enviudó pronto, y le puso bajo el cuidado de su hermano Guillermo, médico de Nantes. La esperanza del padre en el talento del hijo era tan firme como su propósito de no sufrir la molestia de educarle. Le escribía en temidor del año IV (1796): «Acabo de enviar a tu tío, mi querido Teófilo, la pequeña pacotilla hace tanto anunciada. Encontrarás en ella un traje de color café, deshecho, y, por tanto, más susceptible de ser ajustado a tu talle. Encontrarás también un traje de camelote, color cuello de pichón; un chaleco de terciopelo azul y dieciséis anas de tela para seis camisas... Para tí, hijo mío, que has venido a ser, con un nuevo título, el discípulo de mi excelente hermano, no podrías encontrar un maestro más capaz, y, lo que no es menos importante, un maestro más afecto. Leo en su corazón que tendrá un gozo muy vivo poniendo la última mano en su obra, y que tú saldrás de sus manos siendo todo lo que tus felices disposiciones te llaman a ser...» Eran los días en que Teófilo Laënnec, alumno hasta entonces de Retórica, se orientaba definitivamente hacia la Medicina.

Guillermo Laënnec era buen práctico y devoto humanista. A su lado aprendió letras clásicas el adolescente Teófilo, y sintió nacer su vocación de médico. También junto a él asistió a los estragos de la Revolución. En la *place du Bouffai*, frente a sus ventanas, fué levantado el patíbulo de Nantes, y la familia Laënnec se vió obligada a cambiar de domicilio, incapaz de soportar el diario clamor de las ejecuciones.

A los diecinueve años, en 1800, Teófilo Laënnec es pensionado para estudiar en la *Ecole Spéciale de Santé*. Cada departamento envía a ella su mejor alumno: *Elèves de la Patrie* llama al conjunto de todos ellos el énfasis de la época. Laënnec, cirujano de tercera clase desde los quince años, y médico militar en la minúscula campaña bretona de Morbihan, lleva a París su luminosa inteligencia, sus finas dotes de observación, su espíritu a la vez fervoroso y sencillo un manejo de poemas manuscritos—madrigales, fábulas, baladas—y sus bien sabidas letras griegas y latinas. Mucho y poco, según como se mire. Ya en París, sigue el último curso de Bichat (las augurales lecciones de Ana-

tomía patológica que éste profesó en el invierno de 1801 a 1802), y asiste con asiduidad al servicio de Corvisart, en la Charité. La profunda mirada clínica del gran cardiólogo, el orden y la objetividad de sus lecciones y su manifiesta preferencia por la exploración física de los enfermos—a él se debe la difusión del método de Auenbrugger—atraen al joven Laënnec, y configuran para siempre su modo de entender la Medicina. Algo falta a Corvisart, sin embargo, a los ojos de su discípulo: «M. Corvisart, que es demasiado perezoso para escribir un libro, aunque sea el corifeo de la Medicina práctica; que no quiere ver enfermos, porque esto le fastidia...», escribe Laënnec a su padre. El estudiante trata de remediar la deficiencia del maestro, y recoge en su cuaderno la quinta esencia de sus enseñanzas. *Aphorismes recueillis aux leçons du citoyen Corvisart* titula a sus notas.

El año 1803 toma parte en el concurso nacional de premios de Medicina y obtiene dos de los cuatro anunciados. He aquí las palabras con que lo comunica a su tío: «De los cuatro premios concedidos por el Gobierno, vuestro alumno recibirá dos... El primer día fué dedicado a la Medicina y a la Química. Nos encerraron en la sala de Asambleas de la Escuela durante seis horas. Yo traté el tema de Medicina con bastante fortuna. Cuando acabé con él, no me quedaba más que una hora para trabajar en el de Química, de modo que desde entonces vi que no podía esperar nada por ese lado; tanto menos cuanto que no he apretado tanto en Química como Savary, sobrino de M. de Jussieu... Al día siguiente volví a tener suerte en el tema de Cirugía, y más aún, tal vez, en la operación. Tenía que hacer la amputación del húmero en la articulación. Después de unas cuantas respuestas anatómicas sobre las partes a incidir, el profesor Dubois, juez del ejercicio operatorio, me dijo, con el tono brusco, pero amistoso, que le es peculiar: «Ya dijo usted más de lo que hace falta, empiece.» Me hice asistir por los ayudantes, y corté con una seguridad y una rapidez que, acaso, no hubiera tenido nunca repitiendo yo solo el procedimiento. Cuando salía de la sala, y mientras llamaban a otro concursante, oí que el profesor Dubois decía a Dupuytren, que había sido mi ayudante: «Ese golpe de bisturí ha sido precioso.» Hablaba de aquel con que yo había cortado los tendones de los músculos supraespinosos, subespinosos, redondo menor y bíceps y la cápsula de la articulación, a la vez que hacía girar el brazo hacia abajo y adentro, de modo que la cabeza del húmero rodase bajo el filo del instrumento y saliese en el momento en que acababa la incisión.» Mientras se adiestra en Medicina y Cirugía, Laënnec perfecciona el latín, el griego y las lenguas célticas; lee a José de Maistre, a Andrés Chénier y a Chateaubriand, depura su vida espiritual.

¿Influyeron sobre el ánimo de Laënnec el brillante espectáculo del París del Consulado y las distinciones que del Gobierno republicano iba recibiendo? En el invierno de 1802 a 1803—Napoleón, primer cónsul, va cincelandos su corona imperial—escribía el joven médico a su padre, como argumento para que éste proveyese a la reposición de su modesto equipo: «Si tardáis, iré de mal en peor, y si me habéis encontrado republicano, no tardaré en estar *sans-culotte*.» Por debajo del juego de palabras (*sans-culotte*, «sin calzón»), se adivina una cariñosa y familiar discusión previa acerca de la actitud política del pensionado. En cambio, su vida religiosa es cada vez más acendrada. En marzo de 1803, Bayle, amigo suyo y compañero en la clínica de Corvisart, le hace ingresar en la *Sancta Maria Auxilium Christianorum*, una asociación piadosa que ha fundado el jesuita P. Delpuits.

El año 1804 lee su tesis doctoral: *Propositions sur la doctrine d'Hippocrate, relativement a la médecine pratique*. Va dedicada a su tío y maestro Guillermo Laënnec, y lleva como motivo unas líneas del escrito *De prisca medicina*: «Si alguien, rechazando los trabajos de sus predecesores y despreciando todo, busca por otro camino y según otra manera de ver, y se jacta luego de haber hallado algo, se engaña y engaña a los demás.» Esta fidelidad a la tradición es justamente lo que luego le permitirá ser genial innovador, cosa menos sorprendente de lo que suelen pensar muchas mentes superficiales.

Desde 1804 a 1816, mientras las águilas del Emperador remontan, sostiene y concluyen su vuelo. Laënnec trabaja en el hospital y en clientela, hace cuantas autopsias puede, lee comunicaciones y memorias en la Société de l'École y en la Société Anatomique, escribe claros y ciertos trabajos anatómicos para el *Journal de Médecine, Chirurgie et Pharmacie*, del cual es secretario de redacción. Henri Mondor ha descrito con mucho acierto este período callado y monótono de la vida de Laënnec: «Las memorias y los informes de Laënnec encantan por la finura y la penetración de los detalles, por la pulcritud del pensamiento, por cierta elevación de su tono y un porte cómodamente magistral. No cesa de observar, con los dos voluptuosos cuidados de ser minucioso y no omitir nada. Cuando haya logrado un acopio suficiente de hechos sin laguna ni error, las conclusiones surgirán exentas de duda. Nada espera de una inspiración milagrosa, y espera mucho de una aplicación honrada. Las teorías y los espíritus doctrinarios le son igualmente odiosos. Brown, Gall y Paracelso son para él los enemigos natos del rigor científico. Toda teoría prematura le parecería a la vez una falta contra el espíritu y una mala acción, si no supiese que ciertos errores se muestran útiles por las contradicciones que promueven o por los caminos que hacen ver; pero deja a otros la ingrata vocación o la desgracia de servir errando. Libre de todo romanticismo de actitud o de guardarropía, nunca se le ve pasar la mano sobre la frente, como para moderar una actividad devoradora o para refrigerar la fiebre de la creación. No están llenos sus silencios de ficciones orgullosas. Del modo más sencillo del mundo, casi del modo más ingenuo, mira, se asombra, anota, recomienza, y luego medita y se expresa con pureza. Sobre los cánceres encefaloideos, las melanosís, la tisis, las degeneraciones tuberculosas, escribe para el porvenir; y, puesto que a los veinticinco años ha reunido la mayor parte de su material, su precocidad no está lejos de igualar a la de su maestro Bichat. Ellos dos, en menos de un cuarto de siglo, continuando el uno la obra del otro con genio comparable, han transformado la Medicina y han dado a su país con esa revolución un puesto de primer orden.» A estos años de trabajo silencioso pertenecen su curso de

Anatomía patológica, rival del de Dupuytren y prosecución del de Bichat; su actividad en el Hospital Beaujon, del que fué nombrado médico en 1812, y luego en la Salpêtrière; sus trabajos anatómicos acerca de las peritonitis, de los aneurismas, del tubérculo, de las cirrosis, de los parásitos animales; y, no en último lugar, dos importantes investigaciones epidemiológicas: compuesta una en colaboración con Bayle, Leroux y Fizeu (*Constitution médicale observée à Paris pendant les six premiers mois de l'année 1807*), y otra por sí solo (*Constitution de l'année 1813*), y publicadas ambas en el *Journal de Médecine*.

1816 es el año decisivo en la vida de Laënnec: le nombran jefe de clínica en el Hospital Nécker e inventa la auscultación mediata. Todo acontece con la mayor naturalidad, todo es tan sencillo como su alma y su diario método de trabajo. ¡Qué lejos quedan la presuntuosidad de Galeno, el ademán mesiánico de Paracelso, el fanático aspaviento de Broussais! Desde 1816 ensaya sin interrupción el nuevo método en su servicio del Hospital Nécker; el 28 de febrero de 1818, Portal, Pelletan y Percy presentan en la *Académie Royale des Sciences* la memoria en que por vez primera es descrita la auscultación estetoscópica. Una nueva época de la Medicina comienza: cuando alguien quiera sugerir la figura del médico, no pondrá ya en sus manos, a título de objetos representativos, el bastón o el clíster, sino el estetoscopio. Mas no por ello se hace solemne o hinchado su inventor. Si le preguntan cómo vino a su mente la idea de la auscultación mediata, recordará a los niños que en el patio del Louvre jugaban a transmitir sonidos desde un extremo a otro de una viga, o aludirá a los sencillos experimentos acústicos que le enseñaron en sus años infantiles, o evocará su época de flautista aprendiz, antes de ir a París. «He tomado un maestro de flauta—escribía a su padre a los dieciséis años—, con el cual desuello regularmente dos horas al día todos los oídos sensibles de la vecindad, a pesar de la precaución de amortiguar un poco los sonidos agudos y el incómodo zumbido de mi armonía cerrando puertas y ventanas lo más exactamente posible...» Un año más tarde, en 1819, aparecerá la primera edición de su libro *De l'auscultation médiate ou traité de diagnostic des maladies des poumons et du coeur, fondé principalement sur ce nouveau moyen d'exploration*.

Una carta de Laënnec a su amigo Courbon-Pérusel nos informa acerca de lo que durante esos años era su vida cotidiana. Comenzaba su jornada entre siete y media y ocho de la mañana. Un coche de alquiler le llevaba al hospital. Allí—traje negro, calzón corto, amplia corbata blanca—hace su visita y da un *bout de clinique* a los alumnos que con él la siguen, no muchos, porque Laënnec, más investigador que maestro, atiende antes a la eficacia de la pesquisa que a la brillantez de la enseñanza. Así hasta las diez y media o las once, hora a la cual vuelve a su casa para almorzar parcamente. A continuación, visita domiciliaria hasta las cinco y media de la tarde. Vuelta a casa; y, tras la colación vespéral, nueva visita, que concluye a las diez. Por fin, ya en la soledad de la noche, lectura, correspondencia, ordenación de las observaciones recogidas durante el día y redacción de los trabajos propios. Un día y otro se repite el mismo programa. «Sólo en provincias hay tiempo para casarse», dijo una vez, con ese tremendo y envidiable egoísmo de quien está absolutamente entregado a su verdadera vocación. Así vivía Laënnec cuando en julio de 1819 escribe a un amigo: «Volviendo el año pasado—a París—para acabar mi libro, sabía que con ello arriesgaba mi vida; pero la obra que voy a publicar será, espero, bastante útil, tarde o temprano, para valer más que la vida de un hombre, y, en conse-

cuencia, mi deber era acabarla, sucediéndose lo que me sucediera. Ya estoy libre de ella, gracias a Dios...»

No hay en ello hipérbole ni jactancia. Laënnec está enfermo, tuberculoso. ¿Era su enfermedad el resultado de una inoculación? En la segunda edición de *Traité de l'auscultation médiate* (1826), cuenta, a título de ejemplo, su accidente. «Hace unos veinte años, examinando vértebras en las cuales se habían desarrollado tubérculos, la sierra me rozó ligeramente el índice de la mano izquierda. Al pronto, no presté atención a este rasguño. Al día siguiente se manifestó un ligero eritema; y poco a poco, sin dolor, se formó un pequeño tumor alargado, que al cabo de ocho días había adquirido el grosor de un hueso grande de cereza y parecía situado en el espesor de la piel. En este momento la epidermis se hendió sobre el tumor en el mismo lugar por donde había pasado la sierra, y dejó ver un pequeño cuerpo amarillento, firme y en todo semejante a un tubérculo amarillo crudo. Lo cautericé con hidroclorato de antimonio deliquescente (*mantecca de antimonio*). No experimenté casi ningún dolor, y a los pocos minutos, cuando la sal hubo penetrado en la totalidad del tumor, pude desprenderlo por entero mediante una presión ligera. La acción del cáustico lo había reblandecido hasta el punto de hacerle completamente semejante a un tubérculo reblandecido y de consistencia friable. El lugar que había ocupado formaba un pequeño quiste, cuyas paredes eran de un gris perla, ligeramente semitransparentes, y sin enrojecimiento alguno. Las cautericé de nuevo; la cicatriz se constituyó pronto y ya no he advertido en mí secuelas de este accidente» (1). ¿Fue la tuberculosis de Laënnec una consecuencia tardía de esta indudable inoculación que él nos refiere? Lo cierto es que apenas publicada la primera edición de su libro, se ve obligado a buscar la salud en la Bretaña nativa, cerca de Douarnenez. La afección a la tierra de su estirpe y de su infancia pesa tanto en ello, por lo menos, como las ideas terapéuticas entonces vigentes. «Los bordes del mar—escribe él mismo—, sobre todo en los climas dulces y templados, son sin duda los lugares en que se ha visto curar mayor número de tísicos. El testimonio de la antigüedad concuerda en este punto con el de los modernos... Antes he dado cuenta de mis propias observaciones relativas a la rareza de la tisis en la costa meridional de Bretaña: de seis tísicos que allí he visto, han curado tres.»

La brava y querida ribera bretona, ¿logrará devolverle la salud? Dos años reside en ella el enfermo. A la vez que se repone y descansa, caza urracas y zorros, se adiestra en ebanistería y estudia la relación entre las lenguas célticas y el sánscrito. Dos años pasa en su retiro de Kerlouarnec, lejos de París. ¿Lejos? De cuando en cuando el correo le lleva noticias. Conoce así los ataques que contra su obra lanzan los envidiosos: «Esa algarabía de los rivales, de los contradictores por sistema, de los chistosos sin gracia y de los negligentes, péores que todos, que por todas partes se pusieron en conmoción a la primera noticia de estas novedades, para negar su mérito», escribía desde Nantes el viejo Guillermo Laënnec. Entre todos, es Broussais el más ruidoso y, por tanto, el más oído. Laënnec sigue desde su aldea la gesticulación del tosco demagogo y aflita con leve impaciencia sus armas de polemista. «A los veinticinco años, cuando yo era periodista—dice en una carta, aludiendo a la época en que fué secretario de redacción del *Journal de Médecine*—, me habría encantado esgrimir frente a un autor que descubre tan bien el flanco, y aunque haya perdido esa afición, aunque escribir me fatiga y

me agita, sonrío como un cazador que ve venir hacia sí la liebre...»

Vuelve por fin a París a fines de 1821. El 25 de agosto del año siguiente da su primera lección en el Colegio de Francia, como sucesor de Hallé, y en ella expresa pública y resonantemente su juicio sobre las endebles especulaciones patológicas de Broussais: «... todos estos heresiarcas de la ciencia—dice de Paracelso y de Broussais—tienen de sí mismos una opinión excesivamente buena y un tono de raptó y de entusiasmo propio para seducir al vulgo...» El vulgo, seducido, preferirá durante quince años los cruentos errores del estruendoso heresiarca; pero quienes saben no ser vulgares o no saben serlo, siguen distinguiendo el trigo de la cizaña. Laënnec, enfermo, es nombrado en 1824 profesor de clínica médica en la Charité, donde hasta 1821 ha enseñado su maestro Corvisart. Vienen a oírle médicos de Inglaterra, de Alemania, de toda Europa. Su libro, pronto agotado, ha sido traducido al alemán en 1822 y corre de mano en mano. Se impone, pues, una segunda edición que depure la exposición primera y recoja la nueva experiencia.

Con fiebre en el cuerpo y fría lucidez en el espíritu, la va preparando su autor día tras día, durante los años 1824 y 1825. Aparece, por fin, en 1826, y es casi un libro nuevo: mejor documentado, mucho más preciso y ceñido que en su primera versión.

Comienza ahora la obra con un prefacio polémico. Tres son los frentes en que Laënnec se ve obligado a defenderse. El primero está constituido por la *Clinique Médicale*, de Lerminier y Andral (París. 1823-1827). Andral se apoya exclusivamente en los resultados de Laënnec contenidos en la primera edición del *Traité de l'auscultation médiate*, y desconoce, por negligencia o con deliberación, las investigaciones subsiguientes a 1819. «Parece, en una palabra—escribe Laënnec—, haber intentado colocarse en la hipótesis de una defunción del autor inmediatamente después de la publicación de su obra. Ha debido serle difícil de sostener esta posición, puesto que algunos de mis alumnos, y de los más ejercitados, frecuentan habitualmente, como M. Andral, las salas de M. Lerminier.» Discute con firmeza las observaciones de Andral, pero reconoce en éste—que por entonces acaba de cumplir veintiocho años—el vigor de su prometedora inteligencia: «Si he insistido acerca de la manera de trabajar de M. Andral, es porque veo en él una de las más brillantes esperanzas de la Medicina, y porque en él reconozco, complacido, suficiente copia de talento y bastante buen juicio para no dudar de que sabrá precaverse contra esta prisa por producir, que a tantos médicos jóvenes mueve hoy a hacer al público confidente de sus estudios.»

Dirigese a continuación contra los cinco o seis médicos que casi sin experiencia han negado la realidad de sus hallazgos estetoscópicos. Son como aquel que «nunca se ha ocupado seriamente en Cirugía y quiere a los cuarenta años hacer operaciones de talla sin preparación y sin el consejo de un cirujano experto». Ese, no hay duda, «tallaría a individuos libres de cálculos, no hallaría piedras en verdad existentes e incluso no sabría introducir el catéter en la vejiga, sobre todo si operaba con el deseo de hallar la cosa impracticable.» Todos éstos no merecen sino unas pocas palabras despectivas: «Hay ciertamente sordos, y no los hay peores que los que no quieren oír.»

La porción más extensa de esta polémica está determinada por los ataques de Broussais contra el método anatómico-clínico. No menos de ochenta páginas de la segunda edición del *Examen des doctrines médicales* (París, 1821, vol. II), han llenado los alegatos de Broussais en torno a la obra de Laënnec. La respuesta de éste es dura, tajante, diamantina. Contesta numéricamente a cada una de las objeciones, define magis

(1) *Traité*, II partie, sect. III, chap. I, art. IV («Causés occasionelles de la phthisie pulmonaire»).

tralmente sus puntos de vista, reitera su juicio acerca de la «patología de la irritación» y traza una acurada semblanza del método científico de su contradietor: «M. Broussais prefiere elevarse a la investigación de las causas primeras de la enfermedad (*causes prochaines*); menosprecia los detalles minuciosos de la observación, la distinción de los casos, e implícitamente hasta la seguridad del diagnóstico; porque él razona siempre sobre la hipótesis de que es inútil distinguir unos de otros todos los casos a que atribuye una causa semejante; y atribuye la mayor parte de las enfermedades a una sola causa: la *irritación*.» Verdad es que el enojo de esta necia hostilidad de algunos de sus compatriotas (2) queda holgadamente compensada por la acogida que allende las fronteras de Francia prestan al método los más ilustres médicos: Berentz, profesor en Berlín; Nasse, en Bonn;

(2) Cómo estaban las cosas lo demuestra bien el siguiente hecho: En 1820 apareció en París un folleto titulado «*Paris et Montpellier, ou tableau de la médecine dans ces deux Ecoles*», par John Cross, traduit de l'anglais par Elle Revel, docteur médecin. En él se decía: «Además de la percusión por el método de Auenbrugger, M. Récamier se sirve, para explorar el pecho, de un instrumento que los franceses llaman *cornet acoustique* (trompetilla acústica) de Laënnec. Todo el mundo conoce este instrumento en Inglaterra; y bien sabemos que si hubiera que designarle por el nombre de su inventor, este nombre no sería de un médico francés.» El folleto, como dice Laënnec, era doblemente seudónimo: «M. John Cross existe, y no ha escrito esta obra; Elle Revel la ha escrito, y no existe. Sus viajes parecen haberse limitado a venir de Montpellier a Val-de-Grâce.» Un médico de Val-de-Grâce, enemigo de Laënnec, no había vacilado en componer el texto del panfleto ni en atribuirlo a John Cross, honorable cirujano inglés, que pocos años antes había viajado por Francia.

Duncan junior, en Edimburgo; Meissner, en Weimar; y, sobre todos, «el venerable Néstor de los anatomistas de Europa, el profesor Soemmering, que —dice Laënnec, halagado— me ha hecho decir que no había querido hacer conocer su opinión sobre mi obra, sino luego de haber verificado por sí mismo los principales hechos».

Cuando aparece la segunda edición del ya famoso libro, su autor está herido de muerte. La siente venir y quiere esperarla en su tierra natal: que esa tierra reciba lo que es suyo. En la primavera de 1826 vuelve a Kerlouarnec; allí reside hasta el 13 de agosto, último día del gran médico. Va llegando su hora novísima, y él lo sabe. Sonriendo, se quita lentamente las dos sortijas que siempre llevaba y las coloca sobre un mueble. «Como pronto me habrán de hacer este servicio, no quiero que nadie tenga esa preocupación», dice a los que le rodean. Es posible que acudan ahora a su memoria las palabras que él mismo había escrito veinte años antes, en el seno de aquella *Sancta Maria Auxilium Christianorum*, del P. Delpuits: «Cuando el hombre siente próximo, en el lecho de la muerte, el instante que le pone en el abismo de la eternidad; cuando se alejan todas las cosas amadas..., entonces reconoce la nada de la tierra, entonces ve que el mundo sólo ha ofrecido vanos fantasmas a su afección, y su corazón, oprimido por la verdad, le dice: «Siento en este último día que ni los hombres ni todas las restantes criaturas me han traído la felicidad...» Es bien probable que desde esa hora diese Dios la felicidad suprema a un hombre que tan devotamente le había servido; es seguro, en cambio, que ese día murió uno de los médicos que más han contribuido a que la Medicina sea lo que hoy es.

LOS MODERNOS ESTIMULANTES

PROFAMINA

Sulato de β -fenilisopropilamina

FORGAMINA

Profamina más inositolosfato de hierro

Entre las conquistas de la moderna química farmacológica, la betatenilisopropilamina ocupa un lugar preeminente.

PROFAMINA es el preparado óptimo cuando se busca una pura acción estimulante nerviosa o circulatoria o la actividad metabólica que requiere una cura de adelgazamiento.

En FORGAMINA, la asociación del efecto reconstituyente y regenerador nervioso del hierro y fósforo permite la búsqueda de la acción estimulante aun en aquellos casos en que existe una intensa depresión física.